

SADE: LA ESCRITURA, EL CUERPO, LA LIBERTAD

Jesús Ezquerro Gómez

- G. APOLLINAIRE, *El marqués de Sade*, y [atribuido al] MARQUÉS DE SADE, *Zoloé y sus dos acólitas*, Pepitas de calabaza ed., Logroño, 2006.
- Ph. SOLLERS, *Sade*, Páginas de espuma, Madrid, 2007

“... on lui égratigne les nerfs avec un canif, à mesure qu’on les allonge. Cela fait, on lui fait un trou au gosier, par lequel on ramène et fait passer sa lange; on lui brûle à petit feu le téton qui le reste, puis on lui enfonce dans le con une main armé d’un scalpel, avec lequel on brise la cloison qui sépare l’anus du vagin; on quitte le scalpel, on renforce la main, on va chercher dans ses entrailles et la force à chier par le con; ensuite, par la même ouverture, on va lui fendre le sac de l’estomac. Puis l’on revient au visage: on lui coupe les oreilles, on lui brûle l’intérieur du nez, on lui éteint les yeux en laissant distiller de la cire d’Espagne brûlante dedans, on lui cerne le crâne, on la pend par les cheveux en lui attachant des pierres aux pieds, pour qu’elle tombe et que le crâne s’arrache. Quand elle tomba de cette chute, elle respirait encore, et le duc la foutit en con dans cet état; il déchargea et n’en sortit que plus furieux. On l’ouvrit, on lui brûla les entrailles dans le ventre même, et on passa une main armé d’un scalpel qui fut lui piquer le coeur en dedans, à différentes places. Ce fut là qu’elle rendit l’âme. Ainsi périt à quinze ans et huit mois une des plus célestes créatures qu’ait formé la nature”¹.

Me resisto a traducir este horror. Que quede al menos ligeramente velado por la extrañeza de otra lengua. Estas palabras las escribió Sade en noviembre de 1785 en La Bastilla. Pertenecen a su obra inacabada *Les Cent Vingt Journées de Sodome*.

Quien no haya experimentado, como mínimo, cierto desasosiego leyendo a Sade no lo ha leído verdaderamente. Lo que incomoda en sus escritos no es sólo la escena que describe, sino (sobre todo) ese otro escenario que se abre *dentro de nosotros* cuando le leemos. Sade es un mecanismo catóptrico que *desenmascara* al lector. Este deja de ser un *voyeur* oculto tras el libro y se convierte en *el centro del espectáculo*. Todo lector de Sade descubre en algún momento, espantado, que *es Sade quien le lee*:

“Ahora, querido lector es cuando hay que disponer tu corazón y tu ingenio a la narración más impura que jamás haya sido hecha desde que el mundo existe, no hallándose libro similar ni entre los antiguos ni entre los modernos (...) Sin duda

¹ D.A.F. de SADE, *Les Cent Vingt Journées de Sodome*, Quatrième partie, en SADE, *Oeuvres I* (ed. De Michel Delon), Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1990, pp. 371-372.

muchos de todos los desvíos que vas a ver pintados te disgustarán, por supuesto, pero habrá algunos que te excitarán hasta el punto de costarte semen, y he ahí lo todo lo que precisamos. Si no hubiéramos dicho todo, analizado todo, ¿cómo querrías que hubiéramos podido adivinar lo que te conviene? A ti te toca tomarlo y dejar el resto; otro hará otro tanto; y poco a poco todo habrá encontrado su lugar”².

El afán enciclopédico en Sade (decirlo todo, analizarlo todo) evita excluir cualquier deseo y así nos permite leer *el nuestro* (que a veces resulta ya casi ilegible, por reprimido. Eso es lo que hace ilegible a Sade: nuestra propia ilegibilidad). Sade puede leernos porque la escritura sadiana es la escritura del deseo. En él reconocemos nuestro rostro menos amable pero más verdadero, la bestia criminal e inocente que somos.

Una forma de atenuar ese desasosiego es tomar un desvío, rodear la escena del crimen evitando pisar la sangre. ¿Cómo? Leyendo los atestados. Es decir, otras lecturas de Sade. De Apollinaire a Sollers, todos los grandes en el pensamiento y la literatura francesa contemporánea han medido sus fuerzas con ese ángel oscuro: Simone de Beauvoir, Jacques Lacan, Georges Bataille, Maurice Blanchot, Pierre Klosowski, Michel Foucault, Roland Barthes... Ellos han convertido a Sade finalmente en un objeto cultural exquisito y perverso, un veneno digerible, una fiera presentable en sociedad. Las obras de Sade ya no son sólo pornografía, pueden ser citadas, con el oportuno aliño erudito, en una tesis doctoral. Incluso han ingresado en el panteón de La Pléiade (¡Sade impreso en papel de Biblia! Decía la propaganda de la editorial Gallimard).

Pero esto no ha sido siempre así. Los grilletes y el papel quemado fueron la primera crítica (¿literaria?). Los carceleros parecían cumplir, celosos, la disposición testamentaria de Sade (“...que las huellas de mi tumba desaparezcan de la superficie de la tierra, como *presumo* que mi memoria se borrará de la mente de los hombres”³) antes incluso de haber sido formulada. Una vez muerto, Sade cayó en manos de los médicos. Médicos eran la mayoría de los que se acercaron a su obra durante el siglo diecinueve: Albert Eulenburg, Claude Tournier Marciat, Eugen Dühren (pseudónimo del doctor Iwan Bloch), Augustin Cabanes, Jacobus X...⁴ Sólo la objetiva nariz de un galeno, si bien con un leve fruncimiento de disgusto moral, podía tolerar la proximidad de ese cadáver pestilente. Sade se convirtió en el nombre de una patología. Eso lo hacía manejable (eso sí, con guantes estériles). El encierro continuaba así tras su muerte. Esta vez en frascos de formol.

Será un poeta, Guillaume Apollinaire, quien, finalmente, abra la mazmorra:

“Parece que ha llegado la hora para estas ideas que han madurado en la atmósfera infame de los infiernos de bibliotecas, y este hombre que aparentemente no contó para nada durante todo el siglo diecinueve podría dominar el veinte”⁵.

² Id., p. 69.

³ Véase el último párrafo del testamento de Sade en G. APOLLINAIRE, *L'Oeuvre du Marquis de Sade*, Bibliothèque des curieux, Paris, 1909, pp. 14-15 (trad. española de Federico Corriente y Enrique Alda, Pepitas de calabaza ed., Logroño, 2006, pp. 58-59).

⁴ Véase F. LAUGAA-TRAUT, *Lectures de Sade*, Armand Colin, Paris, 1973, pp. 168-178.

⁵ G. APOLLINAIRE, Ob. cit., p. 17 (trad. cit., p. 63).

Apollinaire, como un nuevo Orfeo, rescata al divino marqués de los infiernos de las bibliotecas (donde, paradójicamente, se ha refugiado ¡para no ser quemado!). El autor de *Onze mille Verges* (abracadabrante mestizaje entre Rabelais y Sade) publica en 1909 una selección de textos del marqués. Lo hace en una colección titulada *Les maitres de l'amour*. En ella Sade se codea con escritores como Francisco Delicado, Restif de la Bretonne, Andrea de Nerciat o el Aretino. Las páginas escogidas por Apollinaire, pertenecen al Sade menos “sádico” (¿Sade *censurado* por su editor?). Escribe además la introducción y un ensayo bibliográfico. Aunque el poeta se apoya en la (presunta) autoridad de los matasanos, a los que ha leído (¡qué remedio!), no toma a Sade por un enfermo (“sabemos que no ha sido nunca un loco ni un maníaco”⁶) sino por un amante de la libertad⁷. Prescribe a Sade sin receta médica. Eso sí, a los espíritus fuertes, a sus iguales⁸. Anuncia así a los jóvenes surrealistas a uno de sus mentores⁹. Sin él René Char no hubiera podido escribir en 1930: “Sade, l’amour enfin sauvé de la boue du ciel”¹⁰.

No nos engañemos, aunque no escribieran públicamente sobre él, los grandes, todos ellos, habían leído (y en muchos casos admirado) a Sade: Fourier, Balzac, Flaubert, Stendhal, Baudelaire, Proust...¹¹. También fuera de Francia tiene seguidores: Nietzsche (El “filósofo lírico” -escribe Apollinaire- no ha desdeñado las ideas enérgicas del “marqués sistemático”¹²), Swinburne, Clarín...

“Byron y Sade -escribe Sainte-Beuve en 1843- han sido quizás los dos mayores inspiradores de nuestros modernos, uno público y visible, el otro clandestino, no demasiado clandestino”¹³.

¿Y hoy? ¿Cómo situarnos en la actualidad frente a Sade? Sollers empieza su ensayo “Sade en el tiempo” con estas palabras que no dejan de evocarnos la exaltada prosa de Apollinaire:

⁶ Id., p. 13 (trad. cit., p. 56).

⁷ Id., p. 12 (trad. cit., p. 53).

⁸ A pesar de su admiración por el Divino Marqués, Apollinaire merece pertenecer más bien al serrallo de las víctimas que a la sociedad de los libertinos. A Picasso debemos un magnífico retrato suyo con la cabeza vendada por una herida sufrida en el frente. Murió el día de la firma del armisticio y, como cuenta su amiga Gertrude Stein (G. STEIN, *Autobiografía de Alice B. Toklas*, Ed. Lumen, Barcelona, 2000, p. 75), agonizó con la tortura suplementaria de oír a la multitud que gritaba por las calles de París: “à bas Guillaume!” (“¡abajo Guillermo!”). Guillermo era el nombre del Kaiser austriaco derrotado). Aunque rendido admirador de Juliette el “poète assassiné” tuvo una muerte digna de Justine.

⁹ Sobre la recepción de Sade por los surrealistas véase R. JEAN, “Sade et le surréalisme” en AA.VV., *Le Marquis de Sade* (actas del coloquio de Aix-en-Provence celebrado los días 19 y 20 de febrero de 1966), Armand Colin, Paris, 1968, pp. 241-151.

¹⁰ “Hommage a D.A.F. de Sade” en *Le surréalisme au service de la révolution* n° 2 (octubre de 1930), p. 6. Verso retomado en un poema de *Poèmes militants*, (1932).

¹¹ Véase C. DUCHET, “Sade a l’époque romantique”, en AA.VV., *Le Marquis de Sade* (actas del coloquio de Aix-en-Provence celebrado los días 19 y 20 de febrero de 1966), ed. cit., pp. 219-240 y F. LAUGAA-TRAUT, ob. cit.

¹² G. APOLLINAIRE, Ob. Cit., p. 16 (trad. cit., p. 60).

¹³ M. SAINTE-BEUVE, “Quelques verités sur la situation en littérature”, *Revue des deux mondes*, 1^{er} juillet 1843, pp. 5-20. Tomo la referencia de C. DUCHET, art. cit., p. 225.

“El maremoto de libertad del siglo dieciocho engendró a Sade; el diecinueve trabajó para ignorarle o censurarle; el veinte se encargó de mostrarlo, de forma chocante, mediante la negativa; el veintiuno tendrá que considerarlo en su evidencia”¹⁴.

¿Cuál es esa *evidencia* a la que ha de enfrentarse el que ya es nuestro siglo?

“El espíritu más libre que jamás haya existido”. Así ve Apollinaire al autor de *Juliette*¹⁵. ¿Libre? Sade pasó veintisiete años (exactamente un tercio de su vida) encerrado en diversos lugares de reclusión: la fortaleza de Vincennes, el castillo d’Échaffour en Normandía, el castillo de Saumur, la prisión de Pierre-Encise cerca de Lyon, el fuerte de Miolans en Savoya, La Bastilla, el convento (convertido en prisión) de las Madelonnettes, el convento (también convertido en prisión) de Carmes, la antigua leprosería de Saint-Lazare, la Maison Coignard, Sainte-Pélagie, el hospital de Bicêtre, el manicomio de Charenton. Reclusión durante el *ancien régime*, reclusión durante el terror revolucionario, reclusión bajo Napoleón. Para casi todos los regímenes políticos el cuerpo de Sade resulta ser un *cuerpo extraño*, una piedra en el zapato o peor aún: un tumor que hay que extirpar.

¿Es la libertad de este espíritu la que intentan amordazar los policías del alma? ¿Serían en tal caso las *carceri* del divino marqués el efecto de una obra insólitamente transgresora? La verdad es la inversa: No es el desencadenamiento del deseo el que explica las cadenas, sino éstas las que explican aquél. En la prisión Sade agoniza como hombre pero nace como escritor, escribe Simone de Beauvoir¹⁶. El encierro es aquí esencial para entender la obra de la libertad. El ingente y abisal *corpus* sadiano (esa “masa de tinieblas”, como lo denomina Annie Le Brun¹⁷) es el *efecto* de un cuerpo cautivo¹⁸. En el seno del cuerpo preso (cuerpo en el límite convertido él mismo en piedra, como nos lo representa el retrato de Man Ray) germina otro cuerpo hecho de libertad: la escritura.

Es mérito que debemos reconocer a Philippe Sollers, a Roland Barthes, y, en general al grupo reunido en torno a la revista *Tel Quel*, el haber descubierto y reivindicado este segundo cuerpo que es la escritura sadiana¹⁹.

¹⁴ Ph. SOLLERS, *Sade*, Páginas de espuma, Madrid, 2007, p. 11.

¹⁵ G. APOLLINAIRE, Ob. cit., p. 17 (trad. cit., p. 63). En el contexto en el que aparece esta tan citada afirmación Apollinaire presenta a Sade como alguien que imagina una nueva mujer renovadora del universo: “Le marquis de Sade, cet esprit le plus libre qui ait encore existé, avait sur la femme des idées particulières et la voulait aussi libre que l’homme. Ces idées, que l’on dégagera quelque jour, ont donné naissance à un double roman: *Justine* et *Juliette*. Ce n’est pas au hasard que le marquis a choisi des héroïnes et non pas des héros. Justine, c’est l’ancienne femme, asservie, misérable et moins qu’humaine; Juliette, au contraire, représente la femme nouvelle qu’il entrevoyait, un être dont on n’a pas encore idée, qui se dégage de l’humanité, qui aura des ailes et qui renouvellera l’univers”.

¹⁶ S. DE BEAUVOIR, *El marqués de Sade*, Ediciones siglo veinte, Buenos Aires, 1974, p. 28.

¹⁷ A. LE BRUN, *Soudain un bloc d’abîme*, Pauvert chez Pauvert, Paris, 1986, p. 9.

¹⁸ Véase M. BLANCHOT, *L’inconvenance majeure*, Pauvert, Paris, 1965, pp. 19-20.

¹⁹ Véase, especialmente, el número 28 de *Tel Quel*, publicado en otoño de 1967, titulado “La pensée de Sade”, con ensayos de Pierre Klossowski, Roland Barthes, Philippe Sollers, Hubert Damisch y Michel Tort (Hay traducción publicada en la editorial Paidós, Buenos Aires, 1969).

Nadie sabe qué *puede* un cuerpo, escribió Spinoza²⁰. En el caso de Sade el encierro transmuta su cuerpo, lo sublima en escritura. La tinta se derrama incontenible en cientos de páginas configurando otro cuerpo. Un cuerpo monstruoso y bello. La escritura es *el otro cuerpo* de Sade. Un cuerpo infinito: infinitamente potente, infinitamente libre. La escritura es la *potencia*, la libertad del escritor encarcelado.

Ese cuerpo infinito está hecho de deseo. *Crece, por lo tanto, con la ausencia de su objeto*. Incluso en esa *cárcel invertida* que es el castillo de Silling (la prisión impide salir, en el castillo de Silling es imposible entrar), donde todo está permitido, el deseo no se sacia nunca. Según Durcet (uno de los cuatro libertinos que lo utilizan como escenario de sus crímenes) nadie puede ser feliz si puede gozar, es decir, satisfacer, en todo momento, su deseo:

“La felicidad no consiste en el goce, sino en el deseo, en quebrar los frenos que se oponen a ese deseo. ¿Pero todo eso se encuentra aquí, donde no tengo sino que querer para tener? Juro que, desde que estoy aquí, mi esperma no ha corrido una sola vez por los objetos que están aquí; no se ha vertido nunca sino por aquellos que no lo están”²¹.

Se desea lo que *no es*. El deseo resulta ser, en última instancia, *deseo de nada*. Dice “sí” negando. Este es el crimen que consume: la negación de lo real. Por eso el libertino sadiano afirma la soberanía de su deseo aniquilando. Como escribe Maurice Blanchot “el centro del mundo sádico es la exigencia de la soberanía afirmándose por una inmensa negación”²².

El deseo sádico sólo tiene un anhelo digno de su desmesura, de su infinitud: la destrucción de la naturaleza. Ese es el límite al que tiende la obra de Sade: una aniquilación total en un gran espasmo de placer. Totalidad que es el reverso necesario de la nada del deseo. Lo único que puede colmar su infinitud. El crimen hiperbólico, el único a la medida del deseo soberano del libertino sadiano, tiene unas dimensiones cósmicas:

“¿Cuántas veces, santo dios, -exclamó Curval- no he deseado que se pudiera atacar al sol, privar de él al universo, o servirse de él para abrasar al mundo? Eso sí que serían crímenes y no los pequeños desvíos que nos permitimos, que se limitan a metamorfosear al final del año una docena de criaturas en montones de tierra”²³.

Y Moberi en la *Histoire de Juliette*, es aún más gráfico:

²⁰ B. SPINOZA, *Ethica* III, prop. 2, schol.

²¹ D.A.F. de SADE, *Les Cent Vingt Journées de Sodome*, Première partie, Huitième journée, ed. cit., pp. 156-157.

²² M. BLANCHOT, “La raison de Sade” en *Lautréamont et Sade*, Minuit, Paris, 1963, p. 34.

²³ D.A.F. de SADE, *Les Cent Vingt Journées de Sodome*, Première partie, Huitième journée, ed. cit., pp. 158-159.

“Quisiera que el universo entero dejara de existir cuando se me empina”²⁴.

El deseo del libertino es un *anti-universo*. Su pene se yergue contra el ser.

Los crápulas sadianos al par que expresan este desmesurado anhelo lamentan la imposibilidad de su cumplimiento: las creaciones y destrucciones son como olas en el mar de una naturaleza imperturbable, siempre igual a sí misma. Así lo explica Pío VI, el Papa Braschi, a Juliette:

“Nada nace, nada perece esencialmente; todo es acción y reacción de la materia; son las olas de la mar que se elevan y descienden a cada instante, sin que haya pérdida ni aumento en la masa de sus aguas; es un movimiento perpetuo que ha sido, y que será siempre, y del cual somos los principales agentes, sin duda, en razón de nuestros vicios y nuestras virtudes”²⁵.

Los libertinos reprocharán a esa naturaleza a la que califican de “inconsecuente” (la peor descalificación para el implacable razonador que es Sade) el que les haya otorgado un deseo (aniquilarla) cuyo cumplimiento les niega. Y sin embargo esa contradicción apunta al verdadero lugar en el que se realiza el deseo: la imaginación, es decir, la escritura.

Sade es el narrador de lo imposible. Imposibles son las puestas en escena sádicas (*impossibilia*, las denomina Roland Barthes retomando un término de la *disputatio* escolástica²⁶): los libertinos tienen una potencia sexual comparable sólo a fenómenos no humanos: un volcán, un géiser. Para realizar decorosamente el Kamasutra sadiano necesitarían además varios brazos y varias piernas, amén de órganos sexuales jupiterinos. ¿Qué decir de su apetito? Es pantagruélico. Las víctimas, por el otro lado, son virtuosas hasta el martirio, bellas como esculturas de Fidias, y resistentes a la tortura como el juguete de un niño de tres años. Imposibles.

Esa imposibilidad nos dice claramente: sólo hay escritura. Allí donde el cuerpo real fracasa (por imposibilidad) triunfa el otro cuerpo, la escritura. La escritura es *el cuerpo de lo imposible*. Por eso, como escribe Philippe Sollers, la escritura sadiana, a pesar de su monstruosidad, es *literal*: “dice lo que hace y hace lo que dice, y *nunca otra cosa*”²⁷. Al liberarse de lo real mediante la escritura, el deseo funciona como un orden autónomo, que obedece a una gramática, un álgebra propia. Teje un texto sin centro, sin referente, por medio del cual no se expresa ningún yo (sino el principio del placer, el *ello*). Un texto que no transcribe, por lo tanto, ninguna Palabra de Dios. En efecto, el ateísmo va unido a la disolución del yo. El yo creador no es sino otro rostro de Dios. De ahí quizá que Sollers

²⁴ D.A.F. de SADE, *Juliette ou les prospérités du vice*, Sixième partie, en SADE, *Oeuvres III* (ed. De Michel Delon), Bibliothèque de la Pleiade, Gallimard, Paris, 1998, p. 1176.

²⁵ D.A.F. de SADE, *Juliette ou les prospérités du vice*, Quatrième partie, ed. cit., p. 877.

²⁶ R. BARTHES, *Sade, Fourier, Loyola*, en R. BARTHES, *Oeuvres Complètes*, tome 2, Seuil, Paris, 1994, pp. 1137-1138.

²⁷ Ph. SOLLERS, “Sade en el texto”, en AA.VV., *El pensamiento de Sade*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1969, p. 82.

publique en 1992 *Sade contre l'Être suprême*²⁸ como una *carta inédita* de Sade. El autor es una máscara, el último *Être suprême* que ha de ser derribado. Todo texto es apócrifo: No lo escribo yo sino *el deseo en mí*. Roland Barthes ha denominado *placer del texto* a “ese momento en el que mi cuerpo va a seguir sus propias ideas – pues mi cuerpo no tiene las mismas ideas que yo”²⁹. El texto sadiano es un texto de placer: expresa las ideas de mi cuerpo *sin mí*. Es, por consiguiente, *ateo*. Por eso no lo leemos: *nos lee* desde un deseo inhumano en el que ningún yo puede reconocerse.

Ni hombre, ni Dios, ni naturaleza³⁰, nada queda en pie tras el paso del huracán sadiano. Sólo la escritura ordenada por el desorden del deseo. “Sade -escribe Annie Le Brun- nos lanza al vacío de un espacio (...) que es el intolerable infinito de nuestra libertad”³¹. La escritura sadiana es intolerable exactamente en la misma medida que lo es la libertad. Esa es la evidencia a la que nosotros, hombres del siglo veintiuno, debemos enfrentarnos.

²⁸ En la editorial Quai Voltaire. Este texto ha sido reeditado junto con *Sade dans le Temps* por Gallimard en 1996 (trad. española de Cristina Vizcaíno Auger, Páginas de Espuma, Madrid, 2007).

²⁹ R. BARTHES, *Le plaisir du texte*, en R. BARTHES, *Oeuvres Complètes*, tome 2, Seuil, Paris, 1994, p. 1502.

³⁰ Véase sobre esta triple negación: M. BLANCHOT, “La raison de Sade”, ob. cit., pp. 15-49.

³¹ A. LE BRUN, ob. cit., p. 127.